

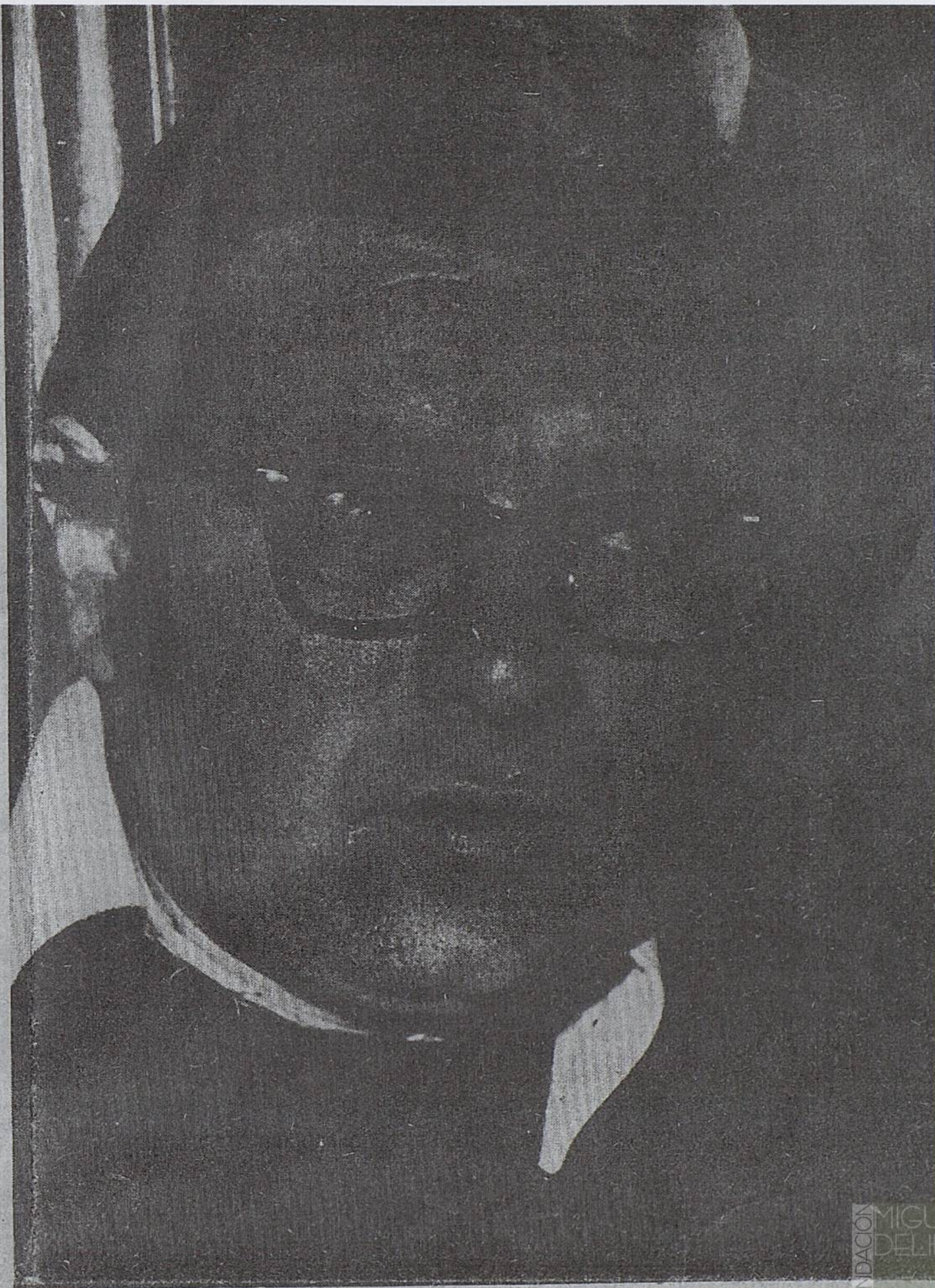
MD

AMD, 64, 4, 10

ANTONIO
MERCERO,
EL DE
«LA CABINA»,
METIDO
EN EL CINE

CINCO MIL NIÑOS PARA UN SOLO «PRINCIPE DESTRONADO»

- FUE ELEGIDO EL PEQUEÑO LOLO GARCIA FUENTES, DE TRES AÑOS Y MEDIO
- LA NOVELA DE MIGUEL DELIBES, EN CINE, SE TITULARA «LA GUERRA DE PAPA»



«Me gusta contar historias, es mi oficio.»

Antonio Mercero hace muchos años que cuenta historias por el mundo. Es un veterano de las historias, tanto de las que hacen reír como de aquellas otras que nos hacen pensar y reflexionar. Antonio Mercero es el hombre de «La cabina»; de aquella cabina televisiva ganadora de premios y aplausos dentro y fuera de nuestras fronteras, de aquella cabina mordaz e insólita, sobrecogedora y deprimente. En aquella «cabina» el gran actor José Luis López Vázquez entraba y no salía, se quedaba encerrado entre el cristal y el aluminio entre la estupefacción y la angustia. Recibiría el premio «Emmy», el Oscar de televisión, y el nombre de Mercero se haría popular rápidamente.

—Me gustaría morir en mi tierra vasca. Llevo aquí desde el cincuenta y nueve y tengo tremendas ganas de volver. Si uno pierde el arraigo a la tierra donde nació, pierde también su identidad.

Antonio Mercero es vasco. Tiene cuarenta y un años, seis hijos y un muy buen historial en televisión y en cine. Ahora va a estrenar «La guerra de papá» basada en una novela de Miguel Delibes.



—Sí, la novela se titula «El príncipe destronado», pero la película se llama «La guerra de papá». Cambiamos el título anterior porque aquel podía inducir a equívoco. El argumento trata de la vida de un niño de cuatro años. Simplemente eso; es el recorrido de la vida de este niño a lo largo de un día».

—¿No crees que puede resultar aburrida?

—No, que va. El tema es difícil, porque hay mucho de sutileza en la vida de un niño. Hay muchos detalles, muchas cosas en la vida infantil que, aunque parece que no tienen importancia, tienen después gran trascendencia. En la película entran en juego varios factores, como pueden ser los familiares, las relaciones entre los padres, los juegos del niño.

CINCO MIL NIÑOS

—¿Algún problema en el rodaje de «La guerra de papá»?

—Sí, además de los normales, el problema principal: encontrar al niño. Creo que vimos un total de cinco mil niños. Nos hartamos de visitar guarderías, pusimos un anuncio en la prensa y al final quedaron doce finalistas. Después de tanto buscar encontramos lo que buscábamos: Lolo García Fuentes, un niño de tres años y medio.

—¿Que criterios se siguen a la hora de buscar un niño actor?

—Principalmente se requiere espontaneidad; que sea natural. La mayoría se muestran cohibidos, les intimidan las cámaras y los focos y comprenderá que éstos no nos valen.

—¿Qué otros actores intervienen?

—Teresa Gimpera, Héctor Alterio, Verónica Forqué, Vicente Parra, Charo García López y Queta Claver. La producción es de José Frade y el guión es compartido entre Horacio Valcárcel y yo.

—¿Estás contento del trabajo realizado en «La guerra de papá»? ¿Qué le parece a Miguel Delibes?

—Personalmente estoy satisfecho, al igual que Delibes. Creo que hemos logrado una buena adaptación y una interesante película, en la que el público tiene parte activa. Esto ha sido difícil de conseguir teniendo en cuenta que tiene pocos exteriores y que la mayor parte del rodaje transcurre en un piso.

—¿Ha sido una película de mucho coste?

—No. Creo que salió por unos diez millones. No, no es una película cara. Tampoco tenía por qué serlo.

Tras el aspecto sencillo y campechano de Antonio Mercero, se esconde el profesional que ha trabajado duro y que ha sido reconocido públicamente en varias ocasiones.

Diplomado en la Escuela de Cinematografía, recibió poco después el premio de la Bienal de Arte de París por su «Trotin-Trotores». La Concha de Oro de San Sebastián se la llevaría el mismo año por el documental «Lección de Arte». Después del sesenta y tres, año de «Se necesita chico», Mercero dice que «las pasó moradas», pero unos años más tarde sería su entrada en televisión y su reconocimiento con el premio Oscar de la misma, el «Emmy», por «La cabina». Con «Los pajaritos» ganaría el «Cino del Duca» de Montecarlo, y la «Rosa de oro» de Montreux con aquel anti-mito lleno de humor e ironía titulado «Don Juan».

HUMOR A TELEVISION

—Antonio Mercero, ¿cine o televisión?

—Soy el clásico hombre de cine que se fue a televisión por que no hacía cine, y que ahora hago las dos cosas porque me gustan. Trabajar en televisión tiene la ventaja de que no te persigue el productor, acosán-

dote con el gasto, el tiempo, los actores que has de escoger, lo comercial. En televisión tienes más campo a la creatividad. No te presionan todos los factores que te presionan en el cine. Claro que no hay que olvidar que una película es una inversión y que por lo tanto ha de haber un beneficio. Por eso trabajo en los dos medios, porque es mi oficio y porque me gusta contar historias.

Antonio Mercero tiene ganas de ir a su San Sebastián; quiere pasar allí una temporada de descanso en la tierra que le vio nacer y con las gentes que le vieron dar los primeros pasos. Pero no creemos que se le arregle. Está pendiente de un par de programas en televisión. Uno de ellos, de una hora de duración que trata de los problemas de un adolescente universitario ante su futuro profesional. El otro programa aún está sin definir. Pero rondará el humor a través del carácter típicamente nacional. Por otra parte, la productora José Frade, quiere un nuevo trabajo suyo. El celuloide no para, no deja de ser esa cinta ilimitada, mágica, sin fin.

JUAN MIRANDA
(Pyresa.)





CINE

LA GUERRA DE PAPA

HE visto «la guerra de papá» en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, de manera que mi situación psicológica frente a la misma era esa situación singularmente exigente que se le despierta al crítico cuando se encuentra metido en el avispero de estos acontecimientos masivamente cinematográficos. Desde ella, tiene que ser muy bueno el filme para que realmente te guste. Y «La guerra de papá» me ha gustado. Más aún: me ha parecido una película excelente y difícil a la que Antonio Mercero le ha echado una intuición y un coraje absolutamente excepcionales. Los aplausos que premiaron la presentación en la ciudad donostiarra fueron el mejor estímulo a un cine limpio, tembloroso de intimidad de fascinante ingenio. En un festival que estuvo marcado por la politización a ultranza y por las osadías sexuales de la imagen, «La guerra de papá» fue como el oasis: sencillez, claridad de intenciones, profundidad en lo cotidiano, habilidad para superar unas dificultades temáticas y de realización que pusieron a prueba el talento de su director.

De Miguel Delibes creía en la posibilidad de llevar al cine esa pequeña joya de la novelística contemporánea que es «El príncipe destronado»: historia de las veinticuatro horas de un niño de tres años y medio que actúa como tal y que echa mano instintivamente de todos los resortes que le sugiere su avispada naturaleza para no

perder de un sablazo —el que ha venido a darle el hermano recién nacido— la privilegiada situación que hasta ese momento ha disfrutado en el hogar. «No sé, como no lo hagan con un enano...», había dicho Delibes. Pues no, no ha sido necesario recurrir a los servicios del pequeño y entrañable monstruo. Mercero se fue a los colegios de párvulos, a las guarderías, y vio a más de cinco mil niños. Por fin, dio con Lolo García, una

partida una exquisita fidelidad a la letra y al espíritu de la novela del gran escritor vallisoletano. Si acaso, ha querido Mercero explicitar un poco más —la imagen le ayudaba a ello— el soterrado mundo de divergencias políticas que existe en la novela entre los padres de este crío que no entiende nada de lo que discuten los mayores, pero que recoge la dificultad del diálogo y de la relación cuando el padre habla de una guerra en la que los familiares de la madre debían andar por el otro lado. Estas distancias se reflejan también en la conducta de los otros hermanos, de manera que la comedia del niño de tres años y medio tiene una salobre densidad que da al filme dimensiones distintas a las que el mismo Delibes había previsto. Con ello no se quiere decir que haya traición por parte de Mercero, sino que hay —de

tratando materia altamente inflamable. Porque cualquiera de las secuencias del filme podría irse al melodrama y al ternurismo si no estuviera sostenida por un singular sentido del equilibrio. El niño es niño y tiene tres años y medio absolutamente en todos los momentos del filme. Nada más lejos del niño pitongo que este Lolo García que se constituye en el protagonista de la película si uno no se diera cuenta de que no es el niño quien actúa, sino Mercero. El niño reduce su labor —y ya es bastante— a mimetizar los gestos, la voz, los movimientos y hasta las sonrisas que Mercero hacía delante de él para que el niño las fuera repitiendo ante las cámaras. De esta perfecta compenetración entre director e intérprete nace la espontaneidad del filme. Un filme perfectamente trabajado y extraordinariamente difícil en el que ha prevalecido, sobre todo, el talento y la hermosa terquedad de un director especialmente capacitado para este tipo de trabajos. Porque acontece, además, que Mercero ha eludido en todo momento y de forma absolutamente consciente cualquier tentación de trascendentalismo. Ni político, ni educacional. Cuenta una historia —una hermosa y diminuta historia— y eso es todo. La sonrisa se mezcla con la ternura en un plano de acciones en que sobresale particularmente la inteligencia del tratamiento. Todo está supeditado en el filme a esta exposición de acciones domésticas —sólo dos veces se abandona el interior de la casa— en las que el niño de tres años y medio, es a la vez, víctima y verdugo, protagonista y espoleta. En definitiva: un filme admirable, limpio, de rutilante ingenio y de extraordinaria sensibilidad. Antonio Mercero es un «autor» sin necesidad de andar haciendo declaraciones fastuosas sobre el suceso.

E. T. GIL DE MURO



criatura increíble por su espontaneidad, su gracia, su capacidad mimética, su forma de encajar como un juego cuanto hacía ante las cámaras. Quiso Mercero que no se desvirtuara en absoluto la materia finísima que Delibes había encerrado en su relato. Y el guión tiene como punto de

completo acuerdo con el autor del texto— una actualización y vigorización de aspectos sociales y domésticos que en el libro no quedaban tan evidentes al lector. Mercero construye su relato con una finura de artesanía. Es un miniaturista de la imagen y sabe que está

ABC EN EL FESTIVAL DE SAN SEBASTIAN

**BRILLANTE DEBUT ESPAÑOL CON
«LA GUERRA DE PAPA»**

La película, realizada por Antonio Mercero, está basada en una novela de Miguel Delibes

San Sebastián, 13. (Crónica de nuestro crítico cinematográfico, enviado especial.) Fue la del lunes una jornada con sabor español. Se iniciaba la presentación de los filmes de la sección a concurso con «Guerra de papá», de Antonio Mercero. En la de Nuevos Creadores veíamos también «De fresa, limón y menta», debida a Miguel Angel Díez, casi debutante en las lides del largometraje, pero que ya concurrió el pasado año con un apreciable corto. Y, como remate, en numerosas esquinas han aparecido unos carteles que anuncian la próxima

proyección, en Nuevos Creadores, de «Raza: el espíritu de Franco», de Gonzalo Herralde, «interpretada» por Pilar Franco Bahamonde y Alfredo Mayo.

«La guerra de papá» es, como adelantábamos ayer, una sensible y cuidada traslación cinematográfica de la novela «El príncipe destronado», de Miguel Delibes. Un día de la vida de un niño de casi cuatro años que, después de haber «reinado» como menor, se ha visto «destronado» por la aparición de una hermana más pequeña. Un día pasado en casa con las vicisitudes que pu-

FESTIVAL DE CINE DE SAN SEBASTIAN

Excelente acogida a la película española "La guerra de papá", de Antonio Mercero



filejo que nace espontáneamente de un proceso natural de convivencia, de relación, tan lejano a las pretensiones proclives a la pedantería que anegan ahora, oportunistamente, el cine español. Porque subyace, sí, en la pura anécdota, en el acontecer de esa jornada normal donde queda fijado el relato, un testimonio importante de la vida española de los años sesenta: la supervivencia orgullosa de los vencedores, las hipocresías sociales, las incertidumbres, los enclaustramientos tradicionales —en los niveles de la educación, de la convivencia— burgueses y populares...

Tratamiento adecuado el que Antonio Mercero ha dado a la historia y a los seres que la habitan. Ha sabido sujetar, contener con equilibrio cada uno de los esquemas del relato: el humano, el social, el político, y ha alcanzado así una propuesta interesante y válida, una obra personal, con entidad, con inspiración. No se le desbordan a Mercero ni la ternura ni la reflexión política (algo más enfática en la película que en la novela, algo más subrayada por la puesta en escena): los dos fillos más peligrosos para el tratamiento cinematográfico. Y el estilo directo, funcional de la realización resulta conveniente y ajustado a las dimensiones del contexto y proporciona un ritmo ágil, bastante bien sostenido —sólo se acusan algunos ligeros baches, algún pequeño desvanecimiento en la segunda mitad de la historia— a lo largo del filme.

Luego, hay una magnífica dirección de actores. La labor que ha hecho Mercero con el niño es algo impresionante; le ha arrancado una naturalidad, una expresividad realmente extraordinarias. Muy bien Verónica Forqué en el personaje de la Vítora; perfecto Héctor Alterio y bien Teresa Gimpera.

En fin, la película en conjunto funciona y funciona francamente bien. Así lo reconoció también el público...

Que «El príncipe destronado», la novela de Miguel Delibes, es el fruto espléndido de una madurez literaria de una maestría narrativa, de una especial sensibilidad, capacidad de observación y receptividad, está fuera de discusión y así, casi con plena unanimidad, lo reconoció, en su momento, la crítica literaria. El propio Delibes ha confesado repetidas veces que es una de las novelas que más satisfecho le ha dejado.

A las diez de la mañana de un día de invierno de 1963 (primavera de 1964 en la película) Quico, un niño de tres años y medio, se despierta en su habitación de una casa burguesa: la casa de mamá, la casa de papá, la casa de sus hermanos, la casa de la Vítora y un poco, también, la casa de la Domi. Despierta el Quico y se abre su particular universo: de seres, de objetos, de imaginaciones, de gestos, de, para él, extraños zumbidos (egoísmos, frustraciones, tedios, pequeñas bondades, pequeñas maldades, amores y desamores) que son, en realidad, un aliento cotidiano de vida y de humanidad.

Reconvertir «El príncipe destronado» desde otro lenguaje, desde otra concepción narrati-

nidas en el libro y prendidas inherentemente a un lenguaje literario de impecable textura. Y en esta dificultad de trasvase, de la novela al cine, se aupaba también una clave probablemente definitiva, la encarnación del personaje central, del Quico, ese niño destronado, derrocado de su reino de mimos y atenciones.

Hacia falta un hombre de talento para sacar adelante el empeño. Un hombre de sensibilidad y poder de observación que, además, contase con una buena dosis de humildad para entender que el camino del filme debía discurrir paralelamente al de la novela; para entender que la acción estaba perfectamente marcada y ensamblada, que los diálogos eran insustituibles por inmejorables, por expresivos, y que los personajes —cada uno de ellos— tenían una justa dimensión en el contexto.

Antonio Mercero ha sido un hombre idóneo; el realizador preciso. Capaz no solamente de adaptarse a la letra, sino de recoger el amplio espíritu del relato. Ahí, en la recepción de ese espíritu y su insuflación —pleno de frescura— a la historia cinematográfica es donde Mercero rebasa —y se distancia

ANTONIO MERCERO, PAPA Y LA GUERRA

★ «DELIBES ESTA ENTUSIASMADO. QUIERE QUE SIGAMOS HACIENDO PELICULAS DE SUS NOVELAS»

El príncipe destronado, la guerra de papá, Antonio Mercero, Miguel Delibes, Festival de San Sebastián, la familia, los niños, España... cine, en suma, en definitiva, al fin y al cabo, a la postre, en realidad... «Sí, yo he dirigido la película tomándola como un juego para el niño, Lolo o Quico; ten en cuenta que tiene tres años, no se puede tomar nada en serio, está jugando todo el tiempo. Rodábamos sin que él se diera cuenta. Además tiene una capacidad de mimetismo e imitación bárbara... yo le decía las frases del diálogo, por ejemplo «mierda, cagá, culo» y él lo repetía con el mismo tono, sin variar un matiz. Es un geniecillo. Claro que fue duro el trabajo. Primero la selección; he visto a unos cinco mil niños recorriendo colegios, guarderías, kindergarden, tomando notas, llamando a los padres, hasta quedar una selección de quince y de ahí, Lolo. Yo tenía bastante preocupación porque no sabía cómo reaccionaría el niño ante las cámaras, además es hijo único... yo también soy hijo único, y son más bien tímidos y se inhiben un poco; pero éste nada, tenía un desparpajo increíble. Y de fotogenia extraordinaria. Por supuesto que esto ha sido lo más laborioso de la película, escoger el niño y hacerlo trabajar, jugar, para conseguir unos resultados apetecibles. ¿Delibes?; está entusiasmado, ha dicho que es la mejor adaptación que se ha hecho de sus novelas; estuvo en San Sebastián, de incógnito; se escondió entre el público y la vio allí. Ahora dice que tenemos que hacer otra novela suya. Le ha gustado mucho.

Le cambié el título porque era un poco equívoco. «El príncipe destronado» sonaba a mítico, sí, sí, a Prometeo, Calderón de la Barca, un poco anacrónico; «La



Teresa Gimpera, protagonista femenina de «La guerra de papá».

película no sé si te lo habrán dicho antes, y es el personaje del padre, aunque sólo está en pantalla unos pocos minutos, gravita con fuerza en la totalidad de la película, está presente en todo momento.

—Me alegro que te haya llegado esa sensación, porque evidentemente eso es lo que yo pretendía y nadie me lo había hecho notar. Mi idea era de que el ambiente de toda la película reflejara el interior de la familia burguesa española de los años sesenta. La madre dominada por los niños, el padre con su intransigencia, el niño mayor, con dieciocho años, que no se rebela pero que está empezando a hacerlo, los niños repitiendo todo el día lo que oyen, y era muy importante comprender el perso-

tiempo yo hice una película de encargo, «Las delicias de los verdes años» para Frade, pero no era nada del otro mundo, una película comercial, que dio mucho dinero y el mismo Frade me dio la oportunidad de hacer «La guerra de papá». Decía, ahora que estamos en la ola del destape, a lo mejor, una completamente distinta, por aquello del exceso, funciona bien. Le vio las posibilidades comerciales y, ya ves, estupendamente. De todas formas, yo sigo haciendo televisión; que para mí no existe la diferencia entre el cine y ella; yo trabajo igual, los mismos elementos, los mismos medios, en fin.

EL CINE ES UN ARTE

no existía talento, andaban equivocados. Claro, hay que tener en cuenta que el cine es una industria, nosotros no somos los americanos, que han comprendido que el arte de nuestro tiempo es el cine y se vuelcan y hacen de una película lo que quieren. No sé si era Malraux el que decía que el cine es principalmente una industria y que, a veces, esta industria produce alguna que otra obra de arte. Hay que conseguir unir ambos términos, pero es difícil. Pero un director joven, a costa de sacrificar ciertas cosas, puede hacerse una continuidad en el cine. Hacer una película elitista, cerrada, le puede cerrar las puertas a cualquiera. Yo en esta película he hecho lo que he querido...

EL TOPICO DE LA IMAGEN ES CIERTO

—...Pero siempre pensando en el público, yo lo creo necesario. Lo fundamental es que antes de llegar a la inteligencia, al cerebro del espectador, pases por el corazón, por su sensibilidad, entonces es cuando has conseguido acertar.

De lo contrario, la película resultará fría, intelectual, quizás sea buena, pero el público la rechaza. En esta película yo pienso que, a pesar de que mucha gente se quede con la risa, que se ríe mucho, hay mucho fondo, dá que pensar. Una vez que se ha pasado la broma, queda un contenido que no se digiere con una simple sonrisa. Es lo que yo quiero que la gente comprenda y que llegue a entender, a ver. Precisamente la función de vosotros es esa, una vez habeis descubierto el fondo de una película, «enterar» al público de lo que él no haya podido coger, o no haya sabido.

—Las adaptaciones literarias siempre tienen un riesgo, contentar

MIGUEL DELIBES

un poco equívoco. «El príncipe destronado» sonaba a mítico, sí, sí, a Prometeo, Calderón de la Barca, un poco anacrónico; «La guerra de papá» lo elegimos porque era una frase, una idea que se repetía en el guión, era el leitmotiv; los niños repiten la guerra de papá, la guerra de papá; aparte de que así aprovechamos un poco la cuestión política, un ligero matiz que podía funcionar bien, lo que no es otra cosa sino el desarrollo de los matices políticos que la novela tiene, yo no he inventado nada.

CONTUNDENCIA A LAS IMAGENES

El cine, indudablemente aporta, por otro lado, más fuerza que novela, más contundencia.

—Yo pienso que hay algo en la

ciencia años, que no se rebela pero que está empezando a hacerlo, los niños repitiendo todo el día lo que oyen, y era muy importante comprender el personaje del padre y su importancia en el relato. Pero, ya se sabe que en el cine es muy difícil adivinar lo que el público va a encontrar o no en la película; uno hace las cosas con una intención y no se sabe si serán interpretadas correctamente o las entenderán, es difícil.

—La carrera de Antonio Mercero en el cine parece marcada por una tremenda irregularidad, con lagunas amplias, trabajos televisivos...

—Bueno, pero es que el cine funciona así. Esta película la venía preparando desde que leí la novela, a finales del 73, principios del 74, pero ningún productor le veía posibilidades. En ese

trabajo igual, los mismos elementos, los mismos medios, en fin.

EL CINE ES UN ARTE INDUSTRIAL

—Cambian un poco algunas cosas, por ejemplo, en televisión es más importante el tiempo que el espacio, el decorado no tiene ese papel importante que tiene en cine; hay que filmar en planos más cortos, primeros planos, pero en cuanto a lo demás, exactamente igual. Sí, eso me parece muy importante, muy acertado; desde luego que intento retratar la crisis de la familia española, pero siempre por universalización. Yo he procurado hacer una película impresionista, es decir con impresiones, a pinceladas, relato lo que ve y recibe un niño de tres años en el transcurso de un día. Por supuesto que, a partir de ahí, se pueden elaborar muchas teorías, la crisis de la familia, o la muerte, como tú dices; pero vamos, si nos preguntáramos cómo serían esos niños ahora, me parece que no sé tú, pero yo me identifico totalmente con el ambiente, donde todo es represivo, el pito, hacer pipí, todo es un mundo lleno de tabúes, prejuicios, terrible ¿no?; por eso es una película abierta, como has dicho tú. Sí, yo creo que habría que hablar de una psicología de la negación en lugar de una psicología de la liberación.

—¿Al cine español no le faltan guionistas?

—Bueno, yo creo que el cine español atraviesa por un buen momento. Está demostrando que, todos los que decían que

que él no haya podido coger, o no haya sabido.

—Las adaptaciones literarias siempre tienen un riesgo, contentar al autor, reflejar el espíritu, agradar al público que conozca el original...

—Sí, es un verdadero problema, pero hay algo que es fundamental en esto. Lo que un escritor consigue por medio de una página o dos, un director de cine lo logra con un plano. El tópico ése de que la imagen vale más que mil palabras resulta que es verdad. El fabuloso mecanismo del cine es algo importante y de mucho valor, hay que saber manejarlo bien. Es el arte de masas, hay que pensar en el público; él premia, él castiga, él da y él retira o quita. Como te decía antes, los americanos lo han entendido muy bien, nosotros estamos en un buen momento ahora. Sí, voy a hacer próximamente otra película con Frade, también; en fin, vamos tirando. ¿Los premios en San Sebastián?, bueno supongo que ellos sabrán lo que hacen, pero no he visto las otras películas presentadas. Eso de los premios es muy delicado, aparte de que los festivales funcionan con bastante complejidad.

Antonio Mercero. Me ha agradado horrores conocerle, hablar con él, decirle lo que pienso de su «Guerra de papá», una admirable película de un cine en alza. Antonio Mercero, «La Cabina», «Don Juan», «Los pajaritos», «Manchas de sangre en un coche nuevo», «Las delicias de los verdes años», «Crónicas de un pueblo», «La guerra de papá», «La guerra de papá», «La guerra de papá»... cine en definitiva, cine español de 1977, cine del bueno.



José Luis López Vázquez en una escena del filme de Mercero. «Manchas de sangre en un coche nuevo».



ALBENIZ CINEMA



¡LA CRITICA UNANIME!

«Mucho se podría escribir sobre esta película, pero basta decir que se trata de una auténtica producción que enorgullece al cine español.»

Tomás GARCIA DE LA PUERTA
«Pueblo» (Madrid)

«Sólo un niño, Lolo García, que actúa con la naturalidad que le marca el director, en seguida conecta con el espectador, le hace reír, emocionarse, sufrir un poco...»

Alfonso SANCHEZ
«Informaciones» (Madrid)

«Un guión refrescante, una excelente interpretación y la deliciosa actuación de un pequeño de cuatro años...»

«Variety» (New York)

«Insólita en su forma singular, original de captar el complejo mundo de la infancia. Insólita por su limpieza e insólita por su manera de alcanzar los fondos de la historia...»

RODERO
«Norte de Castilla» (Valladolid)

«Con "La guerra de papá" de momento el prestigio del cine español ha sido recuperado...»

Juan MUNSO CABUS
«La Prensa» (Barcelona)

«"La guerra de papá", un entrañable filme para la historia del cine español y deleite de los buenos aficionados... que tengan sensibilidad.»

ZACARIAS
«El Sur-Oeste» (Sevilla)

«En suma, una película de raras y brillantes virtudes, poética, emotiva y reveladora, llamada a marcar en el cine español una huella profunda...»

A. MARTINEZ TOMAS
«La Vanguardia» (Barcelona)

«Película sensible, inteligente, fresca, tierna, que coloca a Mercero, director de cine, en un plano superior aun al Mercero director de televisión.»

Pascual CEBOLLADA
«Ya» (Madrid)

9.^a SEMANA



una producción de
JOSE FRADE



LA GUERRA DE papá

de Miguel Delibes

Con la presentación del niño **LOLO GARCIA**

TERESA GIMPERA • VERONICA FORQUÉ • QUETA CLAVER
HECTOR ALTERIO • ROSARIO GARCIA ORTEGA • VICENTE PARRA

EASTMANCOLOR

DIRECTOR: ANTONIO MERCERO

UNA PRUEBA DEL FLORECIMIENTO DEL CINE ESPAÑOL ES
ESTA PELICULA AUTORIZADA PARA TODOS LOS PUBLICOS

Transcurridos diez o doce años de su estreno he vuelto a ver la película de Antonio Mercero «La guerra de papá», basada en mi novela «El príncipe destronado». Creo que el primer acierto de Mercero fue cambiarle el título a la pieza, puesto que la guerra civil española, al cabo de medio siglo, sigue siendo un tema de actualidad cuyo rescoldo está lejos de extinguirse. Para justificarlo, Mercero, director exquisitamente sensible, no necesitó introducir alteraciones sustanciales en el tema, sino que le bastó con subrayar las constantes alusiones de Quico y sus hermanos a la guerra de su padre y acentuar la mentalidad reaccionaria de éste, no añadiéndole texto al guión, sino imágenes casi subliminales a la película —banderolas, fotografías, recuerdos bélicos—, tan caras a estos grupos. Con tan leve insinuación hizo posible que el espectador reparara en la otra cara de la historia —su trasfondo fratricida—, semioculta por el asunto fundamental: el desvalimiento de un niño de tres años desplazado de su condición de benjamín por el nacimiento de una hermana.

«El príncipe destronado» fue, con «Cinco horas con Mario» y «Los santos inocentes», una de las novelas que dejé dormir durante años antes de decidirme a publicarla. Pero mientras el atranco de «Cinco horas con Mario» vino determinado por la renqueante marcha de la novela (con un Mario vivo, indigesto y antipático, erigido en conciencia del mundo) y el de «Los santos inocentes» por mor de una sequía que me dejó sin recursos después de presentar a los personajes del drama, en «El príncipe destronado» no hubo tal atasco, sino que su redacción discurrió fluidamente y fui yo quien decidió la demora, una vez terminada, por temor de que esa historia de niños para niños y mayores careciese del interés y la garra que yo había querido insuflarle.

Recuerdo que la primera vez que Mercero y yo nos reunimos en Valladolid para hablar de la película, yo le expuse mis dudas acerca de la posibi-

DIRIGIR A UN NIÑO

— Miguel Delibes —

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DE LA LENGUA)

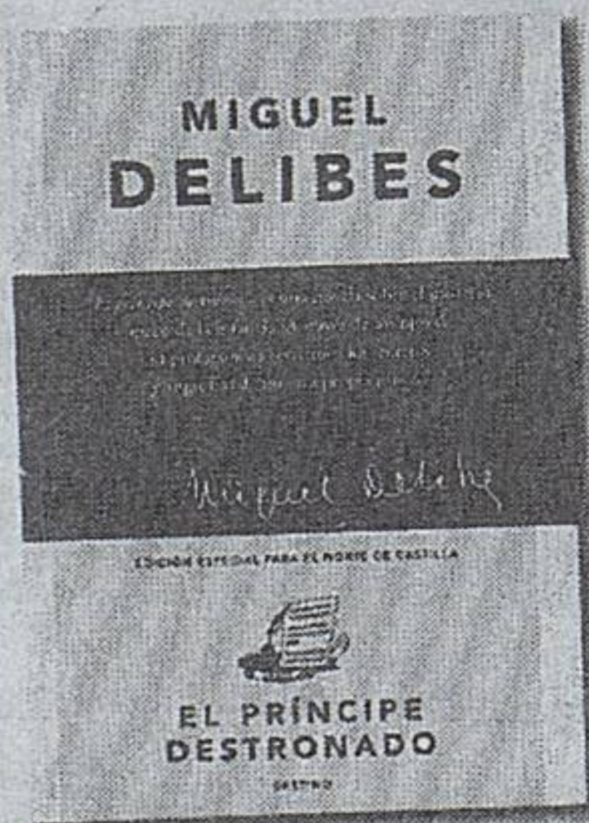
lidad de hallar un niño tan tierno (tres años) que fuera capaz de expresar, con sus naturales limitaciones mímicas y sin saber de qué se trataba, un personaje tan complejo como Quico, el protagonista. Este era un aspecto fundamental, puesto que sin niño no podía haber película, y echar mano de un niño retaco, físicamente retrasado, suponía un ardid tan burdo que convertía en grotesco un empeño, en principio, sugestivo y noble. Pero Mercero no se arredró ante la dificultad. Se pasó semanas enteras viendo desfilar a niños de tres años, guapos, feos, espontáneos o redichos. No creo equivocarme si afirmo que en aquellos días pasaron por sus manos más de cuatrocientas criaturas. Y cuando le llegó el turno a Lolo García y vio sus ojos, oyó sus respuestas y observó su naturalidad, me puso un telegrama entusiasta que decía: «Ya tengo niño», telegrama que vino a coincidir con otro del productor del filme —receloso desde un principio—, dispuesto a desistir del proyecto por falta de protagonista. Lo que Mercero hizo hacer a aquel niño ante la cámara es conocido de todos. Lolo García encarnó magistralmente al Quico, con lo que Antonio Mercero vino a demostrar que, a más de la imaginación propia del creador de historias («La cabina», «La Gioconda está triste», universalmente aplaudidas), poseía unas dotes de director de actores sencillamente admirables. Porque la dirección de un niño tan chico no puede compararse con la dirección de un adulto. A un adulto se le instruye directamente; se le habla a un cerebro responsable. A un niño de tres años no servía de nada explicarle la historia que iba a interpretar. Entonces Mercero le creó un mundo de juegos paralelo al de esa historia, de

tal modo que el niño jugaba durante horas y rodaba durante minutos, pero sin salirse de sus juegos. Los personajes de la película formaban parte de su vida habitual, un poco distorsionados, de manera que levantarán en el alma del pequeño, ya antes de actuar, sentimientos de simpatía o antipatía. Así, cuando el niño golpea al recluta que besa a la Vítora, es porque Mercero ha tenido cuidado de que, al margen del rodaje, la Vítora sea un personaje positivo para el pequeño, le comprenda, comparta sus juegos y le obsequie diariamente con dulces y juguetes. De este modo, cuando Mercero le hace reaccionar ante la cámara diciéndole que el Femio está pegando y mordiendo a la Vítora y que la defienda, el niño se lanza contra él a puntapiés y puñetazos, con sus modestas fuerzas pero con auténtica furia. Claro que no en todas las escenas los estímulos eran tan directos. Pero es lo mismo, lo que trato de decir es que el pequeño Lolo no estaba actuando durante el rodaje, sino jugando, cobinando su vida cotidiana con la de ficción. Y el talento de Mercero consistía en anudar ambas vidas, en sacarle de la primera y meterle en la segunda (la película) sin que Lolo se enterase apenas ni dejase de jugar. A mi juicio Mercero se reveló en esta película no ya como un consumado director de actores, sino como un avezado psicólogo infantil.

Lo extraño de toda esta historia es que en un país como el nuestro, tan proclive a los galardones, este hecho, excepcional en el mundo, de que un niño de tres años soportase sobre sí el peso de una película de hora y media con la mayor naturalidad, pasara inadvertido a la hora de conceder aquéllos. Porque, una de dos: o el pequeño Lolo García era un prodigioso actor a los tres años y, como tal, acreedor a un reconocimiento público, o era solamente un niño como los demás, al que la sabiduría y experiencia de un director habían hecho pasar por prodigio, en cuyo caso era éste quien merecería la distinción.

TODAS LAS NOVELAS DE MIGUEL DELIBES |  EN EL NORTE DE CASTILLA

'El príncipe destronado'



- ▶ **Entrega:** sábado, 20 de diciembre.
- ▶ **Precio:** tres euros.
- ▶ **Editorial:** Destino.
- ▶ **Colección:** 'Todas las novelas de Delibes'.
- ▶ **Película:** 'La guerra de papá', de Antonio Mercero. 1977.

Una novela aplazada

LA novela fue un desafío, un más difícil todavía. La verdad es que siempre ha habido niños pequeños a mi alrededor. Yo cuando nací era el tercero de ocho hermanos. Luego he sido

'El príncipe destronado', o el más difícil todavía

La novela obtuvo un gran éxito editorial y fue llevada al cine por Antonio Mercero con el título 'La guerra de papá'

Texto de Ramón García Domínguez.

MIGUEL Delibes publica 'El príncipe destronado' en diciembre de 1973. Sin embargo, la novela la había escrito casi diez años antes, exactamente entre marzo y abril de 1964, según consta en el manuscrito del relato. ¿Por qué esta larga demora cuando lo habitual en Delibes ha sido siempre no separar la escritura y la edición de un texto más allá de unos meses?

El propio novelista lo ha explicado, achacando siempre este aplazamiento a dos motivos coincidentes: a no estar seguro él mismo de lo que había escrito y al escaso entusiasmo mostrado por quienes entonces eran sus lectores y consejeros: su amigo Fernando Altés, gerente del **El Norte de Castilla**, y su editor José Vergés



de casa. En el original —¡publicado!— ponía: '¡Qué jodío chico! No piensa más que en matar, parece un general'. Dados los tiempos que corrían —no hay que olvidar que acababa de ser asesinado Carrero Blanco—, tuvo que corregirse y poner: 'No piensa más que en matar, parece qué sé yo'. Hubo que sustituir un página en cada uno de los 10.000 ejemplares impresos, una obra de artesanía que costó más que editar el libro. Con los años, sin embargo, se restituyó el texto primitivo».

'La guerra de papá'

Ese mismo año de 1973, el 1 de febrero, Miguel Delibes había sido elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, para ocupar el sillón 'e' minúscula, vacante por la muerte del historiador Ju-

Siempre ha habido niños pequeños a mi alrededor. Yo cuando nací era el tercero de ocho hermanos, luego he sido padre de siete hijos y ahora tengo numerosos nietos, de modo que en mi vida siempre han revoloteado niños cerca de mí. Y también había manejado niños en mis anteriores novelas, en 'El camino', en 'La sombra del ciprés es alargada', en 'Sisi', en 'Las ratas'; pero nunca uno de tres años, que es la edad de Quico, el protagonista; otro de uno y medio, como tiene la hermana, y el mayor de cinco, que son los que tiene Juan. El libro, sin embargo, me dejó, una vez concluido, un poco desconcertado porque yo no estaba convencido de que tuviese la calidad exigible (...). Así es que guardé la novela en un cajón durante casi diez años. Pero un día me la encontré casi por sorpresa, la leí y me gustó. Me gustaron no sólo los tipos de los niños sino los de la criada, el del padre y el de la madre... El padre era un auténtico arquetipo español de ese tiempo. La aceptación del público, de los lectores, me dio luego la razón.

MIGUEL DELIBES

quienes entonces eran sus lectores y consejeros: su amigo Fernando Altés, gerente del **El Norte de Castilla**, y su editor José Vergés.

«No sé si será porque tengo demasiados hijos» —me escribió Vergés, que tenía ocho—, 'pero la novela no ha llegado a interesarme como otras tuyas'. Cuando Vergés me dijo eso, apoyando las dudas que yo ya tenía, se me cayeron los palos del sombrero y guardé el original en un cajón».

Éxito y censura

El propio editor fue el primero en aceptar que se había equivocado cuando, diez años más tarde, al publicar la novela, el éxito de crítica y sobre todo de público fue rotundo. «Lo de 'El príncipe destronado' —le escribe a Delibes en 1975— creo que es lo más extraordinario que me ha pasado en mi vida editorial. Vista mi experiencia de cuarenta años, el editor ha de ser más humilde y dejarse de profecías».

En seis meses se venden más de 20.000 ejemplares y el propio Delibes no sale de su asombro: «Los pedagogos escriben en las revistas largos artículos sobre mi conocimiento del mundo infantil —responde en una entrevista—, pero yo nunca he pretendido ser un psicólogo, sino que los niños siempre me han hecho gracia y me han conmovido».

Pero de pronto se produce un choque con la censura y, curiosamente, ¡ya editada la novela, además! Así lo cuenta Delibes: «Fue en el pasaje en que Quico, el protagonista, habla con el novio soldado de la Vito, la chacha



El niño Lolo García fue el pequeño actor que encarnó a Quico, protagonista de la película 'La guerra de papá'. / EL NORTE

ciegas miembro de la Academia de la Lengua, para ocupar el sillón 'e' minúscula, vacante por la muerte del historiador Julio Guillén.

Y cuatro años más tarde, en 1977, Antonio Mercero lleva al cine la novela 'El príncipe destronado' con el título 'La guerra de papá'. Título que gustó a Delibes ya que «recoge mucho del espíritu de la novela», en palabras del novelista. También se hizo lenguas de la habilidad de Mercero para dirigir a un niño de cuatro años, Lolo García, al que acompañaban en el reparto Héctor Alterio, Teresa Gimpera y Verónica Forqué.

Si Miguel Delibes había conseguido el más difícil todavía, recreando la vida de un niño de tres años en su novela, no cabe duda de que Antonio Mercero había conseguido casi otro tanto dirigiendo al minúsculo actor.

Los ojos de un niño

DANIEL 'El Mochuelo', el Nini y Quico, protagonistas de las novelas 'El camino', 'Las ratas' y 'El príncipe destronado', son tres niños fascinantes, y yo siempre soñé con llevar al cine esas tres espléndidas novelas de Delibes. Sin embargo, el sueño sólo pudo hacerse realidad con una de ellas, 'El príncipe destronado'.

La novela, una historia lineal, era ya prácticamente un guión cinematográfico. Poco esfuerzo tuve que hacer para transformarla. Eliminé algunas repeti-

ciones, algunos tiempos muertos, me inventé la escena de la pistola, que a Delibes le pareció muy bien porque era coherente con el personaje del padre, y en poco tiempo el guión estaba terminado.

Todo el mundo de sugerencias que la fina sensibilidad de Miguel Delibes plasmaba en su novela, y que a mi me apasionaba, quedaba plasmado también de forma inequívoca en el guión. La educación represiva

que un niño sutilmente puede recibir, con sus terrores religiosos y tabúes sexuales, el enfrentamiento generacional, la crisis matrimonial, los residuos de una

guerra civil, el autoritarismo paterno, todo estaba allí, unido a los maravillosos personajes delibeños: la Vítora, la Domi y el Femio. Y todo sugerido y entrevistado, casi de una forma impresionista, por los ojos inocentes de un niño de tres años.

ANTONIO MERCERO

Director de cine



Miguel
Delibes

Entre en la web más completa sobre la vida y obra de Miguel Delibes.

INCLUYE UN VÍDEO PRESENTACIÓN DE MIGUEL DELIBES

NorteCastilla.es

MIGUEL DELIBES